

Telegráfica

RECOLECCIÓN LITERARIA

Nº3



Macleín *y* Parker

0

Prólogo

Imaginemos semillas de distintos árboles que, de aquí y de allá, el viento llevase infatigable a una misma tierra. Al cabo de muchísimas estaciones, después de que se hayan alternado muchas veces días de sol y de lluvia, han crecido miles de troncos, cientos de miles de ramas, millones de hojas. Es un bosque. Pero es un bosque formado por diferentes especies. No faltan las encinas, ni las acacias, ni los laureles, ni las vides, como tampoco están ausentes los tilos, los tejos y los cipreses. En primavera se cubre de amarillos, de verdes, de violetas, de rojos, todos los colores multiplicándose, haciendo ecos los unos en los otros, brillando con una luz propia. En invierno, entre tormentas y heladas, entre granizos y nieblas, mientras sus ramas bailan con el viento y sus copas se llenan de nieve, todos los árboles se unen en una sola respiración. Si pudiésemos contemplarlo desde arriba, veríamos algo así como el corazón del hombre, es decir, el amor, el odio, los celos, la tristeza, la esperanza.

¿Pero qué sería del espíritu sin los sentidos, sin la lengua entregada labio a labio, sin la turbulencia carnal de la que habla Walt Whitman? La revista *Telegráfica* gira en su tercer número en torno a un tema monográfico: el cuerpo humano. El arte, que es la voz de todas las pasiones de los hombres, nunca ha sido ajeno al cuerpo humano, desde los esquemáticos cazadores de las pinturas rupestres, pasando por las proporciones armoniosas de las esculturas griegas, la violencia dinámica apresada en los escorzos del barroco Bernini, la música que se hace carne en los *ballets* de Stravinsky, hasta la deformación a la que someten el cuerpo pintores del siglo XX como Picasso. Y no solo el arte, sino la civilización entera ha crecido siempre en una relación natural y paralela con el cuerpo, de tal manera que, como nos advertía Jorge Luis Borges, cualquier invento del hombre —salvo el libro— resulta ser una extensión del

propio cuerpo. Muchas son las religiones que se han empeñado en despreciar el cuerpo, en relegarlo a mera carcasa o a vehículo que generará una recompensa en el otro reino, y es fácil dejarse llevar por esta tentación, aunque para sublimar la carnalidad de nuevo y pensar en lo irreparable de su pérdida solo hay que abrir *La Odisea* y seguir los pasos de Ulises en su descenso a los infiernos hasta llegar a ese encuentro con Aquiles, quien rodeado de sombras errantes, sin cuerpo y sin huesos, le asegura que preferiría ser el esclavo del más pobre campesino que rey del inframundo. Por otra parte, quizás nuestra desaparición va ligada a la del cuerpo, aunque una y otra vez queremos negarlo a través de ciertas creencias, del arte, de la memoria colectiva o de la tecnología; y precisamente por esta oscura intuición son abundantes los ejemplos de la intensidad de nuestro vínculo con lo corporal; baste señalar, en este sentido, que no son pocos los casos en que alguien que ha sido mutilado continúa sintiendo su mano o su pierna ausente durante meses o años: es el llamado miembro fantasma.

Por primera vez, la revista *Telegráfica* publica textos en su mayor parte inéditos de los distintos colectivos que han participado en los números anteriores: la comunidad artística del blog de Macleín y Parker, el colectivo Anonimato, Actos Poéticos, Entreversadas y Relatos Mínimos. Una revista literaria no deja de ser una brújula capaz de señalar la pluralidad de voces de un tiempo. Tal vez este sea uno de los mayores aciertos de la revista que dirigen Cecilia Ojeda y Antonio Abad Albarrán: mostrar la diversidad de creadores actuales, sin someterse a los devaneos de las tendencias o a ideologías determinadas.

Así pues, adelante: *mens sana in corpore lectoris*.

DIEGO VAYA